

A los padres y familias de nuestros alumnos

Última carta del año. En estas semanas tuvimos la extraordinaria experiencia de la Biental y el pase de innumerables chicos de un ciclo a otro, de un nivel a otro. Por todo y a todos los felicitamos por el esfuerzo realizado. Al mismo tiempo, hay alumnos que deben enfrentar todavía períodos de recuperación o de puesta al día que en algunos casos son complejos.

Quiero compartir una reflexión con ustedes, los más grandes de casa. Ya hemos comenzado el tiempo de Adviento, que nos prepara para la Navidad. El miércoles pasado, en la misa proclamamos el evangelio de Mateo, donde aparece el Señor obrando el milagro de devolver la salud. Por eso la multitud que lo seguía lo admiraba: porque los mudos hablaban, los paralíticos caminaban y los ciegos recobraban la vista.

Y dentro de esa escena, podemos mirarnos todos, y especialmente en este tiempo donde vamos a cerrar un año y comenzar otro.

Los mudos.

Ojalá tomemos las mejores decisiones y nos atrevamos a decir y expresar cosas sobre las que evitamos pronunciarnos o exponer lo que nos pasa o sentimos.

Quedarnos callados, muchas veces, es algo que hacemos “por la paz en casa” o para simplemente no complicarnos la vida.

No se trata de soltar todo y de cualquier manera. Entienden, creo, que me refiero a ciertas cuestiones que nos dan vuelta por dentro y nunca las terminamos de decir, de aclarar, y que lo mismo contamina la convivencia, nos resta naturalidad en la forma de vincularnos.

Queramos o no, se van instalando en el interior de nuestros hogares y comunidades, ciertas conductas o costumbres que hacemos mal en naturalizarlas. Pero a veces entendemos mal lo que es el respeto al otro. Es cierto que cada uno es como es. Y en su dignidad es respetable. Pero lo que está bien, está bien, y lo que está mal, está mal.

Y tal vez no estamos hablando de cosas grandes o malísimas. La convivencia está hecha de detalles. Y como adultos estamos llamados a no bajar la guardia, a ser muy cuidadosos de uno mismo y del otro, porque además dependen de nosotros nuestros hijos.

Los parálíticos.

La inmensa mayoría de nosotros camina, pero lo mismo a veces, en otros aspectos, hay una parálisis que se apodera de nosotros.

Vuelvo sobre lo anterior. Hay pasos que hace tiempo que sabemos que deberíamos dar. Hay decisiones que en sí mismas ya están claras, pero no las terminamos de tomar.

Somos vuelteros. Esquivamos la propia responsabilidad. Hay miedos o prejuicios que han tomado las riendas de nuestra vida y ahí estamos, frenados, pasivos. Esperando tal vez que sean otros los que se muevan. O con la ilusión de que las cosas quizá pueden ir mejor aunque uno no haga la parte que le corresponde.

Los ciegos.

A veces, nos quedamos mudos o estamos como paralizados, porque “no vemos”. O elegimos no ver. O vemos y miramos sólo hacia el lado que nos conviene.

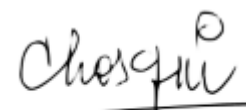
Creo que todos nos compadecemos cuando vemos a una persona ciega. Y enseguida valoramos el hecho de ver, de poder ver!. Así y todo, hay cegueras que nosotros elegimos.

Y no abrimos los ojos o no dirigimos nuestra mirada sobre ciertos problemas o situaciones porque si vemos, capaz que no nos queda otra que salir de nuestra comodidad. Capaz que hay verdades que ya no podemos callar o decisiones que no podemos postergar.

Finalizando este año, pido a Dios, para ustedes y para mí, que nos animemos a hablar, que nos larguemos a caminar, que nos atrevamos a ver.

A la Virgen del Rosario encomiendo el hogar de cada uno de nuestros queridos alumnos.

aamaya@sanjoserosario.com.ar



P. Ángel Amaya SDB
Padre Director